

CULTO EUCARÍSTICO Y CULTO A LA EUCARISTÍA: DIVERSIDAD EN SUS SIGNOS LITÚRGICOS

Recientemente el Magisterio ha recordado con insistencia la importancia del culto a la *Eucaristía*, que algunos parecen haber olvidado. Si antes del Vaticano II los signos del culto a la *Eucaristía* (procesiones eucarísticas, exposiciones del Santísimo) aparecían más sobresalientes incluso que el culto eucarístico o celebración de la Misa (para la Misa bastaban dos cirios, para la exposición un mínimo de doce; en la Exposición o Reserva del Santísimo siempre habían cantos –el *Pange lingua* y el *Tantum ergo*– aunque únicamente fueran unas pocas ancianas las que participaran, en la Misa diaria, en cambio, casi siempre todo era rezado...), en nuestros días, por el contrario, quizá por una cierta reacción a los usos preconciarios, parece que se tiende a olvidar casi sistemáticamente el culto o adoración a la *Eucaristía*. De ello han hablado la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), la reciente Instrucción *Redemptionis Sacramentum* y la recentísima Carta Apostólica *Mane nobiscum, Domine* (2004).

La *celebración eucarística* (la Misa) es sin duda alguna lo más importante y lo más radical de la *Eucaristía*, lo único que conocen las Iglesias orientales y la más antigua liturgia romana. La adoración eucarística es una realidad importante también, derivada de la celebración, pero ciertamente no tan central.

Pero hay un aspecto que no debe olvidarse: las realidades –adoración a la *Eucaristía* y *celebración eucarística* o *Misa*– no se deben confundir ni conviene entremezclar los signos propios de cada una de estas realidades, como a veces parece acontecer en detrimento de ambas.

Tanto la Misa como la adoración eucarística deben mostrar *claramente sus signos litúrgicos propios*. La celebración eucarística es el sacramento por el que los bautizados, por medio de unos signos que nos dio el mismo Señor, se unen a la adoración que Cristo, como cabeza de la Iglesia, tributa a la Trinidad haciendo realmente presente su entrega humilde y obediente al Padre a fin de que los fieles, unidos a él, hagan propio el sacrificio que ofreció al Padre. Los signos mayores de este culto eucarístico son las palabras y acciones que hace el sacerdote, cuando, representando al Señor, dice: *Este es mi Cuerpo entregado, esta mi Sangre derramada para el perdón de los pecados*, y muestra al pueblo el sacramento de la muerte y resurrección del Señor.

Otro signo importante y claro de la realidad del *culto eucarístico* de Cristo a la Trinidad es la doxología final de la Plegaria eucarística. La elevación del Pan y del Cáliz al final de la Plegaria Eucarística no constituyen un espacio de adoración a la Eucaristía (como parecía sugerir el gesto del Misal tridentino) sino signos del *culto eucarístico* que Cristo rinde a la Trinidad. Cristo hace sacramentalmente presente su entrega al Padre, encabezando la comunidad eclesial que *por Cristo, con él y en él* quiere tributar a la Trinidad, *todo honor y toda gloria*. Tanto la fórmula litúrgica como la actitud de presentación al Padre que realiza el ministro significan, no un homenaje ni una adoración a la Eucaristía, sino el homenaje y la adoración a la Trinidad, encabezados por Cristo, Esposo y Sacerdote de la Iglesia a la que se une la Iglesia.

Para manifestar mejor esta finalidad de la doxología, el Misal de Pablo VI ha cambiado el gesto; antes del Concilio, según las rúbricas del antiguo misal, el celebrante durante la doxología mostraba al pueblo el Cáliz y encima de él, verticalmente la Hostia, para que los fieles los vieran y adoraran. Ahora se levanta el Cáliz con una mano y la Hostia, horizontalmente sobre la patena, en actitud de ofrenda al Padre, no como mostración al pueblo; es decir, como *culto eucarístico* (el que Cristo y la Iglesia presentan como acción de gracias a la Trinidad), no como *culto a la Eucaristía* (adoración al Cristo realmente presente).— P. F.